



Ponente¹

CHARLES POWELL

Profesor de Historia contemporánea.

Director de *think tank* Real Instituto Elcano

Muchas gracias a ti, muchas gracias a todos ustedes por su presencia, y quiero en primer lugar agradecer a los organizadores que hayan tenido la amabilidad de invitarme a participar en este Congreso Católicos y Vida Pública. Yo concibo estos congresos como una conversación, una conversación en la que participan personas de distintas sensibilidades, de distintas generaciones, de distintas procedencias profesionales, y por lo tanto una conversación plural, y es para mí un gran placer estar aquí esta tarde, para poder participar en esta conversación.

Dado que soy Director de Real Instituto Elcano, que es un [ininteligible] que se dedica a las relaciones internacionales, he pensado que voy a empezar hablando no tanto sobre el caso español o la situación actual española, tema que sin duda va a ocupar mucha atención hoy en otras sesiones, como lo ha hecho ya en la sesión inaugural, sino sobre la sociedad global ante los problemas actuales.

Como punto de partida, yo creo que todos en nuestra vida cotidiana, incluso, constatamos que vivimos tiempos confusos, tiempos de gran incertidumbre, tiempos turbulentos. Tenemos la sensación de que se ha acelerado el tiempo histórico; todos los días ocurre algo nuevo y, además, los medios de comunicación lo retransmiten en tiempo real gracias a las nuevas tecnologías. Nos bombardean con información, con datos que son cada vez más difíciles de digerir.

Cabe preguntarse cuándo empezó esta sensación de que el tiempo histórico se estaba acelerando. Creo que la tenemos desde, por lo menos, 1989 –es decir, con la caída del muro de Berlín– y que se aceleró posteriormente en el año 2001, cuando la humanidad entró en el siglo XXI, después de los ataques a las torres gemelas de Nueva York bajo puertas de fuego, como dijo el secretario general Kofi Annan. Y si se me permite, dado que también soy historiador, me gustaría hacer una comparación con la situación que se

¹ Transcrito por audición.

vivía hace dos siglos, en 1789 ocurre la Revolución Francesa, en 1815 se celebra el Congreso de Viena... Son como dos paréntesis de casi 25 años de gran intensidad. Pues bien, en cierta medida creo que estamos en una situación comparable. Desde 1989, caída del muro de Berlín, hasta el año 2015, han pasado casi aproximadamente 25 años extraordinariamente intensos durante los cuales todo ha cambiado. El filósofo Hegel, en su obra sobre la filosofía de la historia, decía que los períodos felices de la humanidad carecen de historia, son épocas en las que no ocurre nada. Si eso es cierto, debemos estar viviendo una época singularmente infeliz. Y los clásicos chinos expresaban esta misma idea con otras palabras. Decían: “Que los dioses nos libren de vivir tiempos interesantes”. Pues bien, parece que los dioses nos han condenado a vivir tiempos extraordinariamente interesantes, con recoge María José en sus columnas.

Muchos tenemos –o tienen– la sensación de que, en lugar de progresar, la humanidad está estancada, o que incluso está retrocediendo y, como digo, esto también es la imagen que nos retransmiten los medios de comunicación, que nos hablan de cambio climático, de guerras, de ataques terroristas, de desempleo, de crisis económicas, de refugiados que mueren en nuestras costas, etc. En suma, vivimos en tiempos de incertidumbre, marcados por el temor y el desconcierto. Como dijo Ortega en una época también marcada por la incertidumbre: “No sabemos lo que nos pasa, y eso es precisamente lo que nos pasa”.

Cuando pregunto a mis alumnos en el CEU aquí en Madrid por la situación del mundo, suelen ser muy negativos. Siempre, o casi siempre, ven el vaso medio vacío. Yo, sinceramente, prefiero verlo medio lleno. En todo caso, lo importante no es la foto, lo importante es la película, lo importante es la tendencia, y esta es la pregunta que me quiero hacer: ¿cuál es la tendencia a medio-largo plazo? Y dado que han tenido la amabilidad de venir a escucharnos en un viernes por la tarde, como se decía, sería una descortesía por mi parte amargarles esta tarde de viernes, y por eso voy a intentar trasladarles también un mensaje positivo, un mensaje moderadamente optimista, antes de hablar de cuestiones más concretas referidas a la realidad española.

El año 2000 fue en el que se inauguró, se abrió, el Instituto Elcano y, por pura casualidad, ese también fue el año en el que Naciones Unidas se fijó unos ambiciosísimos objetivos, los llamados “objetivos de desarrollo del milenio”. Pues bien, hace apenas unos días se ha publicado un informe en el que se pasa revista a qué se ha logrado durante estos años del 2000 al 2015. Y les confieso que no puedo dejar de ser moderadamente optimista cuando leo, por ejemplo, en primer lugar: “En el mundo avanza la erradicación de la

pobreza extrema y el hambre". En los países en vías de desarrollo, por ejemplo, en 1990, el 47% de la población se encontraba en situación de pobreza extrema, en el año 2015 esta proporción se había reducido al 14%. También mejora la enseñanza primaria universal. En quince años, la población infantil no escolarizada, en primaria, en los países en vías de desarrollo, ha disminuido de cien a 57 millones de personas. También disminuye la mortalidad de los niños menores de cinco años. Se ha reducido en un 50%, es decir, en veinte años ha pasado de 90 a 43 de cada mil niños nacidos. Y lo que es quizá más importante, también disminuye la tasa de mortalidad materna: desde 1990 ha disminuido un 45% a nivel mundial. Les podría dar muchas estadísticas parecidas: aumenta el acceso al agua potable corriente, nada más que 1.900 millones de personas han podido acceder al agua potable corriente desde 1990. Esto es bastante superior a la población actual de China, que es de 1.300 millones. Incluso, y les sorprenderá, hay indicios de que se están restableciendo algunos equilibrios medioambientales. Por ejemplo, desde 1990 se ha eliminado el 98% de las sustancias que estaban mermando la capa de ozono, que ha empezado a recuperarse. Habrán observado que los medios de comunicación nunca hablan de la capa de ozono, y esto es porque se está reconfigurando.

Y por último, un objetivo que también se marcó la UN referido a la igualdad de género y el empoderamiento de la mujer, que también en este campo los avances modestos pero significativos: han aumentado en todo el mundo las tasas de matriculación de niñas en sistemas educativos, muy especialmente en países en vías de desarrollo.

No les quiero aburrir con más estadísticas, pero lo que quiero subrayar es que en contra de lo que pudiera concluirse, digamos, de una forma más o menos superficial, de la lectura o del visionado de los medios de comunicación, la humanidad está avanzando, está progresando en muchísimos ámbitos. Dos factores más que también quizás les sorprendan: en primer lugar, y aunque no lo parezca, el mundo es cada vez menos violento. En el siglo XXI, en lo que va del siglo, muere menos de una persona en guerra por cada 100.000 habitantes. Una persona por cada 100.000 habitantes. Es cierto que se ha producido un ligero aumento en los últimos dos o tres años, debido al conflicto en Siria y en Iraq. El año pasado, el 2014, por ejemplo, murieron un total de 165.000 personas en todo el mundo. Pero insisto, esto es una cifra bastante modesta si lo comparamos con el siglo pasado. En el punto álgido, por ejemplo, de la guerra mundial, morían 300 personas por cada 100.000 habitantes del globo.

Lo más interesante, de hecho, es que la naturaleza de los conflictos está cambiando. Apenas hay hoy en día guerras entre Estados. Lo que existen

son básicamente conflictos intraestatales; vamos de lo interestatal –conflictos entre estados– a lo intraestatal –conflictos en el seno de los estados–. También nuestras sociedades avanzadas son más pacíficas, son menos violentas, aunque les pueda sorprender. Hoy las tasas de homicidio en el mundo, en Europa en concreto, son la mitad de lo que eran en el año 1990. Por cierto, se calcula que en el siglo XIV había 40 veces más muertes violentas en Europa Occidental que en la actualidad, esto lo digo porque, si hay alguien en la sala que idealice el siglo XIV, les recomiendo que revisen su postura. Y por cierto, añado también que España ocupa el puesto número 20 en el ranking de países más pacíficos del mundo. Quién lo diría, ¿verdad?, cuando vemos el telediario con noticias prácticamente diarias de asesinatos fruto de la violencia de género.

Otra buena noticia: el mundo no solamente no es más violento sino que es cada vez más democrático. Esto es positivo en sí mismo si entendemos que el avance de la democracia es positivo en sí mismo –como yo así lo entiendo–, pero también es positivo por una cuestión instrumental adicional, y es que desde Kant, y su famosa obra sobre la paz perpetua, sabemos que las democracias no se declaran la guerra. Por lo tanto, cuanto más democrático sea el mundo, más pacífico será también. Fíjense en las estadísticas: en el año 1985 había sólo 44 países democráticos, en los cuales vivían el 38% de la población mundial. En el 2000, 82 países con el 46% de la población y, en estos momentos –por supuesto son valoraciones un tanto subjetivas–, existen 123 países en el mundo que pueden considerarse democracias, en las que habitan casi el 60% de la población mundial.

Sospecho que después de esta rápida enumeración de los avances en el ámbito del desarrollo, en el ámbito de la democracia, y el hecho de subrayar que vivimos en un mundo menos violento puede hacer sospechar a alguno que yo sea como Pangloss, el tutor del *Cándido* de Voltaire, que vivía en el mejor de los mundos posibles. Créanme: no es así. Les aseguro que no es así. Y para demostrarlo, paso rápidamente a plantear dos cuestiones que para mí son las dos grandes paradojas de la época contemporánea que estamos viviendo. La primera es que desde la caída del muro de Berlín, en 1989, la democracia, como decía antes, se ha propagado por casi todo el mundo, prácticamente por todos los continentes. Sin embargo, y esta es la paradoja, en las democracias maduras, como la nuestra, como la española, crece el escepticismo sobre el valor de la democracia, crece la desafección política y crece también la sensación de impotencia de los ciudadanos. Y la segunda paradoja es que el mundo es cada vez más desigual.

En otras palabras, los países en vías de desarrollo están convergiendo con nuestro mundo, con el mundo desarrollado, debido, ciertamente,

en buena medida, sobre todo al crecimiento espectacular de China y la India, pero no solamente. Y, sin embargo, y aquí está la paradoja, en los países desarrollados como el nuestro crece la desigualdad, aumenta rápidamente la brecha entre los muy ricos y los muy pobres. Y además las clases medias temen perder los niveles de bienestar que tanto les ha costado alcanzar. Es cierto que en las economías de mercado como la nuestra, siempre hubo desigualdad de ingresos, pero ¿qué es lo que ha cambiado? Ha cambiado, sobre todo, las dudas que existen sobre la igualdad de oportunidades. En muchas de nuestras democracias y sociedades avanzadas lo que está en duda, lo que está en riesgo, es precisamente el principio meritocrático de la igualdad de oportunidades, y esto está haciendo que se resquebraje el contrato social.

Precisamente en aquellos europeos donde existe menos desigualdad es también, precisamente, donde hay menos desafección política.

He empezado hablando de estas grandes tendencias globales y de lo que nos pasa, y por recuperar a Ortega diría que lo que nos pasa es la globalización. En una palabra, lo que nos pasa es la globalización. Y la globalización es la que está poniendo a prueba nuestros sistemas democráticos, que difícilmente pueden dar respuesta a todos estos retos globales a los que nos enfrentamos. Más concretamente, y esto quizás es el objeto de este Congreso, la globalización está vaciando de contenido nuestras instituciones políticas nacionales. No olvidemos nunca que la esencia de la política es el poder. En principio, el poder para hacer cosas y, a ser posible, hacerlas positivas, hacer cosas que contribuyan al bien común, a ese bien común al que también hace referencia el título de este Congreso. Pero resulta que, paradójicamente, como resultado de la globalización, nuestros gobiernos, los gobiernos nacionales tienen un poder cada vez más limitado. Y esto se debe en parte a que la globalización está transformando el propio poder, el poder mismo, como ha argumentado brillantemente, en mi opinión, un miembro de nuestro Consejo Científico en Elcano, el venezolano Moisés Naím, autor de la obra *El fin del poder*. Y Moisés Naím lo que argumenta es algo muy interesante: que, en la era contemporánea, el poder se obtiene cada vez de forma más fácil, pero sirve para hacer cada vez menos cosas y, además, se pierde con mayor facilidad cada vez. En otras palabras, el poder político se está degradando, se está difuminando, se está diluyendo. Esto tiene algunos aspectos positivos porque, al difuminarse, también ese poder se comparte con otros sectores de la sociedad que antes no tenían acceso a él.

Pero, ante todo, esta transformación del poder, fruto del avance de la globalización, está dando lugar a dos reacciones cada vez más frecuentes, y en España estamos padeciendo este fenómeno de manera muy clara. La

primera reacción que se está produciendo es el descrédito de los partidos políticos y de los políticos tradicionales. Crece la sensación, entre nuestros ciudadanos, sobre todo entre nuestros jóvenes, de que si los políticos no resuelven nuestros problemas, ¿para qué diablos sirven? A esto ha contribuido, sobre todo el caso español, pero no sólo el caso español, como es sabido, el cáncer de la corrupción. “Además de ser unos inútiles, nos roban”, sería el discurso predominante.

El segundo fenómeno al que se van a referir otros ponentes estos días es el auge del populismo, la búsqueda de respuestas sencillas a problemas complejos. El populismo básicamente lo que pretende es transferir la responsabilidad propia a otros: “la culpa es de los ricos, de los poderosos” en algunos casos; en otros: “la culpa es de los emigrantes, de los extranjeros”; del otro, del que no soy yo. Históricamente, por supuesto, siempre hubo populismos, esto no es un fenómeno. En el siglo XX hubo casos muy conocidos y gravísimos de populismos. La diferencia es que ahora, de un tiempo a esta parte, se les escucha, se les hace mucho más caso de lo que era común durante los últimos años, las últimas tres o cuatro décadas. El peligro actual es que somos cada vez más vulnerables a las malas ideas y a los malos dirigentes, a esos terribles simplificadores a los que se ha referido también Moisés Naím. Como decía antes, sobre todo porque el poder se obtiene cada vez más fácilmente –lo vamos a ver, por cierto, el 20 de diciembre–, y esto es porque las barreras de entrada, las barreras de acceso al poder se han rebajado, y los controles se han relajado.

¿Qué soluciones hay a todos estos dilemas? Por supuesto no pretendo tener ninguna varita mágica, lo que pretendo simplemente es compartir mis inquietudes con todos ustedes. En un ámbito nacional como el español, evidentemente la respuesta parece ser la necesidad de impulsar una profunda regeneración democrática. Esto incluye, entre otras muchas cuestiones, la necesidad de imponer límites a la partidocracia, es decir, a la invasión de todas las instituciones públicas por parte de los partidos.

Requiere también mejorar la transparencia y la *accountability*, la rendición de cuentas de nuestros gobernantes y, por supuesto, requiere luchar contra la corrupción. Pero esto no basta. El ámbito estrictamente político es importante, pero no es el único importante. Es muy importante también tomarnos en serio los déficits de nuestro sistema económico, de nuestro sistema de economía de mercado, fundamentalmente haciendo todo lo posible por garantizar la igualdad de oportunidades.

Dicho esto, la crisis ha tenido, y está teniendo, algunos aspectos positivos. Creo que los ciudadanos están fiscalizando cada vez más a sus go-

bernantes. Ya no se tolera tan fácilmente, por ejemplo, el despilfarro de los dineros públicos. Sin embargo, debo confesar que estas medidas a nivel nacional, por importantes que sean, son sólo una parte de la ecuación. En última instancia, lo más importante que tenemos que acometer deberá hacerse a nivel europeo y a nivel global, y esto, por supuesto, es frustrante, porque nuestra capacidad para influir en esos niveles es menor. Yo parto de la base siempre de que la globalización, sea positiva o negativa, creo que es fundamentalmente positiva, aunque tiene algunos efectos perniciosos: es irreversible. Creo también que los europeos nos hemos dotado con un magnífico instrumento para intentar dar respuesta a la globalización, y ese instrumento se llama la Unión Europea: el invento institucional político más sofisticado, más complejo, más irritantemente complejo en ocasiones, que haya surgido en el siglo XX como creación de hombre.

La Unión Europea puede ser un instrumento útil para embridar la globalización, al menos para temperar algunas de las consecuencias más negativas de este fenómeno, pero para ello también son imprescindibles importantes reformas a nivel europeo. Es imprescindible mejorar el funcionamiento de la gobernanza económica europea. Como todos ustedes saben, tenemos una moneda única, tenemos una unión bancaria pero no tenemos realmente una unión monetaria, mucho menos aún una verdadera unión económica y, por supuesto, nos falta el último estadio: la unión política. El problema, como todos ustedes saben, es que no existe en Europa realmente un consenso amplio en torno a la necesidad de profundizar el proceso de integración actual. No todos nuestros Estados miembros están por la labor, y no estoy hablando solamente, por supuesto, del peligro inminente, y ahora creo que real, de una posible salida del Reino Unido de la Unión Europea, estoy hablando de países de gran tradición europeísta, como los países del Benelux, por ejemplo. Y a nivel global también hace falta mejorar los instrumentos y los procedimientos de la gobernanza económica y política. Hace unos días celebrábamos en el Palacio Real el 70 aniversario de la creación de la ONU y el 40 aniversario del ingreso de España. La ONU acaba de cumplir, por lo tanto, 70 años, pero ya no está a la altura de los nuevos retos de la globalización. ¿Qué alternativas existen? Estas son cuestiones que debatimos habitualmente en el Instituto Elcano.

Ha surgido, como posible alternativa, como posible ámbito de gobernanza económica y política, la estructura del G20. España es un país invitado permanente al foro G20, que por lo menos ha mostrado la flexibilidad suficiente y necesaria como para incorporar a nuevos actores económicos y políticos como China, India y otros, pero les confieso que tampoco esta es

la solución. Por lo tanto, tenemos gran incertidumbre a nivel nacional, gran complejidad a nivel europeo y, si cabe, retos todavía más importantes y peyorativos a nivel global.

En última instancia, lo que les quiero transmitir es que nuestros problemas nacionales españoles ya no pueden solucionarse ni concebirse conceptualmente a escala nacional. En los años 70, un político americano, [ininteligible] decía que toda la política es local. Hoy en día, podríamos decir que toda la política es “glocal”, una mezcla de lo global y de lo local. Esto lo hace todo más complejo y, como diría el sabio chino, también inusitadamente interesante. Nada más, muchas gracias.

Juan Pablo Maldonado – Muchas gracias, profesor Powell, por ese retrato que nos haces de España en el mundo. María José Pou, la profesora María José Pou, no sé si quieres una...